



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II    29 de diciembre de 1888    Núm. 61



LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

ENTRO pocos días veremos, Dios mediante, dar fin al año de 1888, célebre especialmente en los fastos españoles... Pero no se me ocurre en qué podrá ser célebre este año, como no haya nacido en él algún hombre que en lo porvenir transforme la faz de nuestra nación.

La Exposición de Barcelona ha sido interesante, pero no basta á llenar todo un año de historia de España. La emigración ha alcanzado proporciones aterradoras, y no sé cómo andaremos de aumento de población.

Pero viniendo al actual *momento histórico*, como dicen otros, es cosa que siempre deja un poco de mal sabor eso de haberse despeñado un año más. El cambio de fecha le produce á uno cierta impresión desagradable; como la de un inquilino que del principal tuviese que subirse al segundo, y de éste al tercero, y de éste al cuarto... y así sucesivamente.

También es fatal esta semana para el inmenso número de inocentes que esperaban el premio gordo y, efectivamente, se han quedado á la luna de Valencia. Aquellos palacios, coches, palcos y brillantes (por punto general el buen jugador no aspira á mayores glorias), se truecan en el recibo del casero, en la cuenta del alquilador de carruajes y en quedarse en casa por la noche, sin poder ir á deleitarse en la ópera ó á emocionarse hasta ponerse los cabellos de punta en el teatro.

*¡Sic transit gloria mundi!* ¡Cuánto desengaño! ¡Cuánto volver á dar de narices en la fea realidad!

Somos incorregibles en este país bienaventurado; porque no creo yo que ni los chinos se entusiasmasen como suelen hacer los españoles, casi en masa, por obtener el *premio gordo*.

Fiar al azar lo que mediante el ahorro hubiera podido servir de algo, es inaudito, maravilloso.

Si yo fuese arzobispo, en vez de humildísimo seglar, pareceme que cada año, al llegar Adviento, echaría una pastoral previniendo á los feligreses que no jugasen á la lotería; para lo cual, dada mi manera de pensar, me fundaría en que es pecado.

Creo que es pecado, en efecto, todo juego de azar, como la con-

sabida rifa. Tan pecado como otras cosas que para cierta gente lo son también, según lo que aseguran.

Eso haría, movido de mi caridad evangélica, desoyendo la voz de mi conciencia egoísta, que me diría:—Pero, hombre, déjalos. Que se arreglen.

Algunos no solamente experimentan un grande sentimiento por no haber *sacado*, sino que se exponen á crueles amarguras.

Esto pasó una vez en cierto punto. Una porción de infelices, dando oídos á las proposiciones de un truchimán, fueron dándole sus perros y pesetejas para que entre todos comprasen un *décimo*. El hombre, muy formal, extendía un recibito en el que constaba, pongamos por caso, que el *décimo* correspondía al número 22,222.

Llega la noche del día 23, y vocean los chiquillos eso de la *Lot'ria de Madrid*, apareciendo el número 22,222 con el segundo premio.

¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! ¡Vaya la casa por la ventana! ¡Al fuego los cates mugrientos, y las mesas pringosas, y las sillas rotas, y las cómodas del tiempo de Mari-Castaña!

Coparticipante hubo que por poco no hace un auto de fe hasta con los colchones sobre que debía dormir aquella noche.

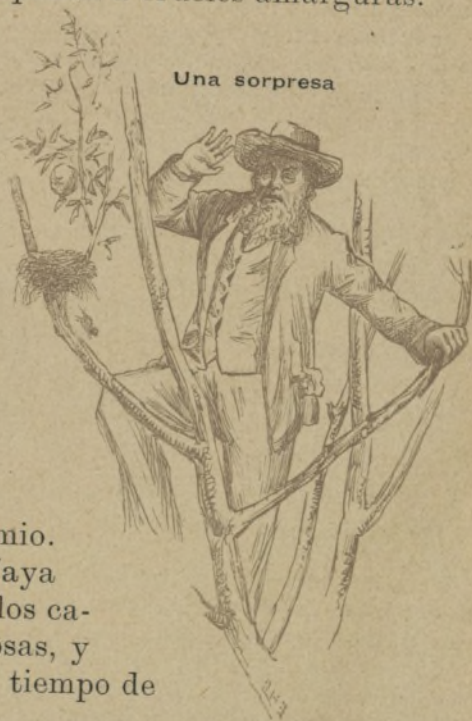
Llega el siguiente día, y se pierde la llave del armario en que se guardaba el precioso *décimo*. Amanece Navidad, y el truchimán confiesa que no compró nada, ni en su vida se le ocurrió comprarlo.

Es cierto que fué á presidio, pero entretanto los que quemaron muebles y ropas es fácil no hayan podido comprar otros.

En suma: lo mejor de la lotería, como los dados, es no jugarla absolutamente, pues aficiona á confiar en el albur, y esto es muy funesto.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## REVISTA DE HIGIENE

**A**BRO cierta reputadísima revista francesa y me encuentro con la noticia siguiente: «El público ilustrado inglés se preocupa mucho en estos momentos de los inconvenientes que acarrea la práctica de las oposiciones en la educación de la juventud, entre los cuales figuran como principales el alejar á los alumnos del verdadero objeto de sus estudios, desnaturalizar este fin y sobreestimarlos (*les surmener*), para llegar lo más á menudo á un resultado deplorable. Las oposiciones, instituidas para venir en auxilio de la educación, se han convertido en amas y señoras: todo gira á su alrededor, y es un mal.» A lo cual añade la revista que lo mismo pasa en Francia.

Y pasando allí, claro está que pasa aquí lo mismo, aunque, como es natural, mil veces peor, pues no siempre los tribunales dan el fallo que el público esperaba.

Como parece ha ocurrido recientemente en cierta parte.

\*\*\*

¿Será cierto lo que asegura M. Landouzy respecto de la predisposición que adquieren los que han pasado las viruelas á contraer la tisis? La cosa me parece dudosa, pero en todo caso vendría á ser un nuevo argumento á favor de la vacunación y la revacunación. Dice Landouzy que entre trescientos picados de viruelas sólo ha encontrado once que estuviesen completamente indemnes de tuberculosis, á lo cual podría añadir yo que á lo menos conozco cincuenta ó sesenta individuos de igual cara que me parecen gozar de la mejor salud.

Entre ellos mi anciano cuanto terrible catedrático de latín.

\*\*\*

Aunque no sea higiene pura, es cosa que por allí se va: M. Julio Simón, dignísima persona, ha publicado en Londres un artículo respecto á la familia francesa, en el cual, rindiendo un justo tributo de admiración á aquellas excelentes mamás, las echa en cara solamente que sean un tanto vanidosas y que tengan la maldecida manía de condenar á sus niñas al soso estudio del piano.

¡Qué dicha para mí encontrarme tan de acuerdo con el insigne pensador francés! Porque tengo entre mis particulares convicciones, que á nadie trato de imponer, la de que eso del piano es antiestético por excelencia y al propio tiempo extrahigiénico. Un sudor frío corre por mi cuerpo si alguna vez, de visita en alguna casa, el papá (generalmente es el papá) me invita á asombrarme ante el portentoso talento musical de las chicas, que, en efecto, tocan el piano... irresistiblemente.



Una sorpresa



REYES

El sueño de un niño

Ayuntamiento de Madrid

\*  
\* \*

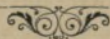
El doctor Trugbild, de la facultad de Jena, ha publicado recientemente un escrito en el que hace presente la conveniencia de que los maestros y maestras se abstengan de imponer á sus alumnos el castigo de la mordaza, consistente, como es sabido, en hacer que los delincuentes sostengan entre los dientes algún tarugo, puntero ó cosa por el estilo; fundándose en que alguna de las víctimas podría estar afecta de aftas, difteria, etc., y contagiárselo á la siguiente, pues al parecer el instrumento aquel sirve para toda la clase, sin que se lave nunca.

Creemos que la observación del digno doctor Trugbild merece ser tenida en cuenta.

\*  
\* \*

Ahora que estamos en pleno reinado de comilonas y fiestas, conviene recordaros que la cuarta virtud cardinal es la Templanza (*Temperantia* en latín). No abuséis, pues: ved que toda indigestión es peligrosa, y si procede de dulces quizás lo es todavía más. No comáis aprisa, mascad poquito á poco y levantaos de la mesa sonrientes y ágiles, no pesados ni sin poder engullir más. Mucha precaución al salir del teatro por la tarde; y si preferís no ir, será mejor.

DOCTOR PÁNFILO



## BETLEHEM

**L**a deliciosa aldea donde vió la primera luz el Salvador del mundo, se halla sentada al pie de una colina siempre cubierta de primaveral verdor y rodeada de fértil campiña, rica en toda clase de frutos, y donde se crían á la par los mejores ganados de Oriente.

Las casas de la pequeña villa están edificadas con hermosas piedras. Sus calles son limpias, no viéndose en ellas, como acontece en las de Jerusalén y otros pueblos de Oriente, perros vagabundos, pobres andrajosamente vestidos, y gentes sucias y desarrapadas. Betlehem, que cuenta con mil católicos, mil griegos cismáticos y algunas familias cristianas, no tiene indigentes: es una población esencialmente agrícola, y todas las familias tienen su trozo de huerta, que les da lo suficiente para su gasto particular.

El hermoso convento de Betlehem, flanqueado por altas torres almenadas que le dan aspecto de marcial fortaleza, guarda en su interior la magnífica iglesia edificada por la princesa Elena y dedicada á Santa Catalina. La gran nave de la basílica presenta dos órdenes de columnas corintias, cada una de las cuales es de una sola pieza. La bóveda, tallada en cedro, no está terminada ni es fácil que ya se termine jamás. En esta nave se encuentra la cueva donde nació el hijo de María. Tiene 12 metros de alta por 6 de larga, apareciendo sus paredes revestidas por magnífica seda roja. Se desciende á ella por una larga escalera, cuyos peldaños, algo desgastados, hacen un tanto difícil el descenso. La cueva hállase constantemente iluminada por la luz que despiden doce lámparas de plata con tubos de cristal azul, que arden noche y día ante el altar. Encima de éste se ve una lápida de mármol blanco, en cuyo centro

brilla un sol de plata que lleva la siguiente inscripción: *Hic de Virgine María, Jesus Cristhus natus est.* «Aquí nació Jesucristo, hijo de la Virgen María.»

Inmediata al altar vese una excavación cerrada con un cuadro de mármol que indica el lugar donde se hallaba el pesebre, ya que éste fué trasladado á la iglesia de Santa María la Mayor de Roma. Junto al pesebre un pequeño altar indica el sitio donde se arrodillaron los Magos para adorar al Señor. Allí fué donde los tres Reyes de Asia ofrecieron sus presentes de incienso, oro y mirra al Niño Dios, que su virginal madre estrechaba contra su regazo para defenderle del frío, del que no podían preservar á su naturaleza humana las miserables mantillas que le envolvían, y de las cuales ha dicho San Bernardo que eran más preciosas que la púrpura de los reyes, como ha dicho asimismo que valía más el pesebre de Betlehem que los tronos más gloriosos del universo.

En el propio convento se veneran, como reliquias santas, restos de los inocentes que fueron degollados por orden de Herodes. En el altar donde se guardan, y en el cual se celebra misa, vese un hermoso cuadro de la escuela italiana representando la Degollación. Próxima á esta capilla encuéntrase la cueva donde San Jerónimo se refugió al retirarse del mundo para escribir sus luminosas obras. Levántase en ella una hermosa estatua del santo, el cual lleva en la mano derecha una pluma, sosteniendo un cuaderno con la otra, viéndose en él algunas líneas trazadas. San Jerónimo es una de las figuras históricas más dignas de ser conocidas. Como San Pablo y San Agustín, sus primeros años ni fueron los más edificantes ni los más ejemplares de su vida; pero el estudio de las buenas letras iluminó á tiempo su espíritu, revelándose tan ferviente cristiano como profundo y sabio pensador.

Desde el fondo de un apartado desierto, su palabra resonaba en Europa, en Asia y donde quiera que hubiera herejes que combatir y enseñanzas saludables que dar. ¡Prodigio sin igual! Ese santo anacoreta, cuya ignorada vida se pasaba entre la meditación y la plegaria, y en el estudio de las santas escrituras, ha dejado páginas escritas con la ardorosa poesía de un escritor de Oriente, impregnadas todas ellas de perfume de santidad. San Jerónimo murió en la gruta de Betlehem, el 30 de setiembre de 420, á la edad de ochenta años, dejando al mundo cristiano el ejemplo de su admirable genio y de su ejemplarísima piedad.



Inocencia

BENJAMÍN



## CUENTO

DEDICADO Á LAS LINDAS LECTORAS DE EL CAMARADA

Escuchad, niñas bellas,  
un cuentecillo  
que oí á una golondrina  
desde su nido.  
Oídlas todas,  
y grabadlo por siempre  
en la memoria:

Érase una azucena  
tan blanca y pura  
que otra más inocente  
no se vió nunca:  
sus bellas hojas  
impregnadas estaban  
de suave aroma.

Cerca, una madreselva,  
ya muy anciana,  
extendía frondosas  
sus verdes ramas,  
y á la azucena  
defendía del viento  
la madreselva.

Cual santa protectora,  
del sol los rayos  
á través de sus ramas  
nunca pasaron,  
y la flor bella  
dormía el casto sueño  
de la inocencia.

Un día que admiraba  
el sol radiante  
protegida á la sombra  
de aquel ramaje,  
sintió deseo  
de admirar frente á frente  
un sol tan bello.

—Hija,—le dijo entonces  
la madreselva,—  
¿por qué buscar el fuego  
con tal vehemencia?  
Duerme tranquila  
y crece pudorosa  
ante mi vista.

—¡Ay, madre!—respondióle  
la flor incauta.—  
¿No ves las otras flores  
que su luz baña?  
¿Ves cuán hermosas?  
¡Yo aquí, tan escondida,  
siempre entre sombras!

Deja sólo un momento  
que me ilumine

ese sol que á los campos  
de galas viste.  
Yo te prometo  
salir, verle un instante  
y al punto vuelvo.—

Vencida de sus ruegos,  
la pobre madre  
abrió los fuertes lazos  
de su ramaje,  
y la flor débil  
tornó hacia el sol, con ansia,  
su pura frente.

Mas ¡ay! secas, marchitas,  
sus tiernas hojas  
perdieron al momento  
su suave aroma:  
el sol ardiente,  
al bañarla en sus rayos,  
le dió la muerte.

La pobre madreselva,  
mustia y sin brillo,  
también perdió su aroma  
en un suspiro,  
y triste el viento  
se llevó murmurando  
sus dulces restos.

. . . . .

Esto, con voz doliente,  
dijo, hijas mías,  
desde su nido amante  
la golondrina;  
y yo, al oírlo,  
dos palabras tan solo  
quiero deciros:

Las niñas que de lejos  
el mundo admiran  
y su brillo esplendente  
gozar ansian,  
son flores puras  
que siempre en su retiro  
viven ocultas.

¡Que amante las proteja  
su dulce madre!  
¡Que las sirvan sus brazos  
de fiel ramaje!  
¡Que á la azucena  
no la abandone nunca  
la madreselva!

CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE



Suele haber muchas niñas que, soñadoras,  
presencian visiones encantadoras.  
Damas y caballeros muy entonados,  
que hacen mil extremos de enamorados.  
Palpitan de las niñas los corazones,  
contemplando arrobadas tales visiones.

A.

## EL INSTINTO EN LOS ANIMALES

GRANDE y variado es el campo que ofrece el epígrafe que encabeza este artículo para extenderse en consideraciones que no estarían fuera de lugar si las inteligencias á que muy especialmente va dirigido estuviesen dispuestas á juzgar y reflexionar sobre su alcance; pero por algo es EL CAMARADA el apelativo del popular cuanto necesario semanario (por querer darle bombo me resultó un sonsonete), y como camarada *inteligente* (inmodestia se llama esta figura) voy á desbarrar lo menos posible, apuntando algunas de las cosas que de seguro se os habrán ocurrido á vosotros ¡oh apreciables y



El perro de Carlitos

apreciados niños! más de cien veces; sólo que, bien porque estaríais pensando entonces en la altura á que llegaría la cometa que hicisteis á costa de paciencia, bien por otra cualquier causa que no tendría mucho de seria pero que yo respeto, no os fué posible condensar los sutilísimos vapores filosóficos que quisieron empañar las pueriles é inquietas ideas propias de vuestra edad.

Todos sabemos, y de ello nos envaneecemos hasta donde nos es permitido, que el hombre tiene el pomposo título de *rey de la creación*; pero un rey puede vanagloriarse más ó menos con este dictado según el grado de civilización y cultura de sus vasallos. ¿No tiene muchos más motivos para ostentar con orgullo su cetro el emperador de Alemania, por ejemplo, reinando sobre cuarenta y cuatro millones de súbditos inteligentes, laboriosos y con perfecta

conciencia de sus deberes y derechos, que el jefe más tirano de una tribu de negros que ni siquiera saben leer y para los que es artículo de fe hacer figurar entre los más suculentos *menus* los cadáveres de sus hermanos muertos en el combate? Pues bien: el hombre (y entiéndase que para este caso vale tanto referirse al más miserable mendigo como al czar de todas las Rusias) no puede ni debe quejarse de los subordinados que el Creador colocó doblegados á su yugo y sujetos á todos sus caprichos.

Si en el reino animal no se incluyese más que el hombre, éste ejercería su regia autoridad sobre las plantas, cosa que sería casi ridículo tratándose de individuos desprovistos de toda traza de vida psicológica: si en la diversa escala zoológica, clase vertebrados, no se comprendiese más que el hombre, y desde esta clase, sin subdividirla en los nueve órdenes que de ella se hacen, se pasase á los pólipos é infusorios, últimas ramificaciones de los zoófitos, podría fundadamente decirse que el reino animal, á cuya cabeza estamos, era demasiado rudimentario y sencillo para que con algún orgullo nos llamáramos su rey. Pero esto no sucede, pues al orden bimanos á que pertenecemos suceden los cuadrumanos, en el que se incluyen los monos, seres que, si están desprovistos de razón, se nos acercan mucho en la disposición orgánica de su cuerpo, realizando actos que, si no son producto del raciocinio é inteligencia, tienen por causa, indudablemente, un instinto muy desarrollado.

La facultad del alma más preciosa del hombre es la inteligencia (1), á la que debe su superioridad sobre los demás seres; pero poseen éstos otra propiedad ó capacidad que guía todos sus actos en la sola vida material que tienen, (2) admirable en sus efectos y causa de muchas controversias científicas: el instinto.

Instinto es la fuerza *causa y guía* de los actos del animal, encaminado sólo á su conservación orgánica *sin conocimiento del objeto de estos actos ni de los medios de realizarle*.

El caracter esencial, pues, que distingue á esta facultad, es la *espontaneidad* de su ejercicio sin que haya medios de modificarla ó dirigirla á un fin preconcebido. Por eso el animal, al ingerir un alimento, lo hace sólo porque *le gusta*, sin ocurrírsele siquiera que puede ser causa de una complicación de su organismo ó que pueda mejorarle si está trastornado.

No ha faltado quien ha considerado al instinto como una facultad idéntica á nuestra inteligencia, y otros que sólo se diferencian en grados; pero esto no es así, sino que son antagónicos y donde existe la una no puede haber el otro. Por eso el animal más inteligente, el hombre, tiene casi nulo el instinto. Tienen además otros caracteres diferenciales.

El instinto, por ejemplo, se trasmite por la generación, y la inteligencia no: de un padre que sea un sabio no proceden hijos sabios también. La inteligencia no es perfecta desde que el ser nace, sino que se desarrolla gradualmente; mientras que el instinto nace con el individuo y no se perfecciona: un achacoso león no es de menos instinto que un fornido cachorro. Dicho esto, que considero necesario, pasemos á tratar bajo un punto de vista menos árido.

Nadie, al ver ó leer ciertas costumbres siempre instintivas de determinadas especies animales (véanse las NARRACIONES que separadamente publica este periódico), pueda sustraerse á una meditación reconcentrada que da siempre por resultado una admiración grande por lo mismo que no conocemos á fondo lo que pueda inducirles á hacer de su instinto un uso tan perfecto y preciso.

—¡Qué instinto tienen los animales!—decimos al ver la solicitud con que la inquieta avecilla construye su nido para abrigar á su prole en sitio resguardado.—¡Qué instinto el de los animales!—exclamamos al ver al fiero león prodigar nimios cuidados á sus cachorros.—¡Qué instinto!—prorrumpimos contemplando el afán con que la gallina incuba sus huevos ni más ni menos que si tuviera perfecta conciencia de los grados de calor que han menester, cobijar después á los polluelos bajo sus alas, y buscarles el alimento como pudiera hacerlo la más embelesada madre.—¡Qué ins-



El perro de Carlitos



El perro de Carlitos

(1) La facultad llamada *razón* no es mas que un modo de obrar de esta facultad.

(2) El hombre tiene la vida material ó del cuerpo y la psicológica ó del alma.

tinto el de estos animales!—pensamos siguiendo con la vista á la diligente hormiga que arrastra penosamente la porción que ha de engrosar su granero. —¡Qué instinto tienen!—repetimos escuchando los lamentos del ave á quien han arrebatado sus pajarillos, como si quisiera con ello ablandar el corazón del que la privó de ellos... Y en verdad que toda admiración es poca ante las maravillosas pruebas que parecen dar la razón á los que aseguran que si los irracionales hablasen progresarían como el hombre. A bien que, si no progresan, no van tampoco hacia atrás como le pasa á su jefe en determinadas cuestiones, como es la moralidad, la religiosidad, etc., etc.

Hay en los animales inferiores un instinto, puede decirse, superior á lo que por desgracia da de sí la razón en nosotros, y es el instinto de conservación, muy pronunciado en todos, desde el voluminoso proboscídeo ó cetáceo hasta el microscópico infusorio ó el inanimado pólipo. Asombra la estadística de los suicidios que por diferentes causas ocurren á diario. Jamás se ha visto un animal que atente contra su vida. ¡A qué tristes reflexiones se presta esto!

No preside, sin embargo, el mismo instinto los actos de la vida en todos los animales: en el tigre, por ejemplo, domina el de la destrucción, mientras que en la inocente paloma domina el de la mansedumbre; sobresale en el mono el de la lujuria, y en el elefante el de la más refinada castidad; el del trabajo en las obreras de las colmenas, y el de la vagancia en los zánganos... Se ve, pues, que entre los irracionales también *cuecen habas* como entre nosotros, aunque la alusión me sea dolorosa. Pero ¿á qué son debidos estos diversos modos de obrar de esa facultad? No lo sabemos, como no sabemos tampoco el por qué de la variedad en los efectos de la razón, ó inteligencia si se quiere, en nosotros, es decir, el por qué de que haya desalmados que maten á su madre ó den de puñaladas á un capitán retirado y existan otras sin grado alguno sobre cero de malicia. Si los animales se organizaran en sociedad y se dividiesen en naciones, con sus gobiernos, religión, leyes, deberes, etc., etc., ¡cuánto tendríamos que imitar de ellos! De seguro que no tenían necesidad sus estados de mantener fragatas ó acorazados, ni ejércitos infinitesimales, para defenderse de las asechanzas de sus vecinos.

No miremos con desprecio á nuestros subordinados, porque en muchos casos nos pueden dar lecciones aunque ellos no se den cuenta, y reconozcamos que en su estado de postración no tienen, sin embargo, mucho que envidiarnos. Una razón mal empleada es peor que un instinto *instintivamente* bien usado. Pregúntese á los animales si desearían igualarnos ó déseles á escoger entre el instinto y nuestra razón... y continuarán como hasta ahora.

ANGEL P. IBÁÑEZ

Reinosa, 1888.





EL NIÑO EN EL CAMPO.—V. De vuelta á casa

---

—+NUESTROS GRABADOS—+

---

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

—¡Levántate pronto, levántate!—decía Julia á su hermanito, que aun no se había despertado del todo.—¡Mañana es el feliz día de Año Nuevo, el día de los regalos! ¡Vamos á ver á papá y á mamá para felicitarles!

Hiciéronlo así los dos niños, y obtuvieron su recompensa: cada cual recibió tres ó cuatro juguetes nuevos, y además encontraron, en los zapatos que habían dejado en el balcón, muchos confites y golosinas.

### UNA SORPRESA

Cierto día, al subir el jardinero Lorenzo á un árbol para ver cuántos pajarillos había en el nido de un jilguero que había formado su vivienda en una de las ramas, no fué poca su sorpresa cuando al tocarle vió salir del interior un ratón de regulares dimensiones, y un momento después otro, poco más ó menos del mismo tamaño. Inclínose sobre el nido, y vió seis ratoncitos pequeños que dormían tranquilamente. Era que el macho y la hembra se habían apoderado del nido de un jilguero, obligando á éste y á la hembra á fabricar otro nido, pues no les permitieron recobrar el suyo.

Estos ratones abundan mucho en los campos de trigos, tanto que á veces se suben por las piernas de los trabajadores; pero rara vez suben á los árboles.

### EL SUEÑO DE UN NIÑO

Ricardito soñó cierta noche que un anciano de barba venerable se sentaba junto á su lecho y que, despertando á los dos, ofrecíales conducirlos á un almacén de juguetes, donde podrían escoger los que quisieran. Aceptada su proposición, llevóseles, en efecto, á una gran tienda, donde vieron muchos hombrecillos extravagantes, muy ocupados en fabricar caballitos, muñecas y otros mil objetos para los niños. Invitados á escoger lo que quisieran, Ricardito eligió un velocípedo, y su hermana Rosita una muñeca de cera. Los hombrecillos les regalaron además muchos confites, y cuando estuvieron satisfechos el venerable anciano los condujo á su casa en una especie de trineo tirado por alces que franqueaban el espacio con vertiginosa rapidez.

Todo esto no era más que un sueño, y bien lo reconoció Ricardito cuando al despertar por la mañana no vió ningún velocípedo.

### INOCENCIA

Vive tranquilo y sin temor, tierno niño. No tiembles cuando oigas bramar el trueno, ni creas que el cielo se te ha de caer encima. No temas tampoco á ningún enemigo, porque aun estás en la edad de la inocencia, edad feliz en que no se inspiran odios ni rencores y en que el tierno niño se puede granjear el amor y simpatías de todos.

### EL PERRO DE CARLITOS

A Carlitos le regalaron un perro pequeño muy feo, pero sumamente gracioso y que hacía muchas habilidades. Pusiéronle por nombre *Leal*, y cuando el niño salía con su papá llevábase siempre en su compañía. Carlitos pensaba que no le sería posible cobrar cariño á ningún otro animal más que aquel; pero cierto día su tío le regaló un gatito precioso, y desde entonces este último se granjeó también las simpatías del niño, porque le hacía reír mucho con sus saltos y cabriolas.

*Leal*, que era enemigo de los gatos, recibió muy mal al recién venido; pero su joven amo le reprendió, y al fin los dos animales vinieron en buena inteligencia; tanto que, si el gato salía de casa, el perro corría detrás para hacerle volver, y, si le daban un hueso á *Leal* para roerlo, dejaba en él un poco de carne para dárselo á su compañero.

Y aquellos animales fueron para Carlitos los dos seres más queridos del mundo después de sus padres.

### EL NIÑO EN EL CAMPO

#### V. De vuelta á casa.—VI. El último vistazo

Llegado á casita, cansado el niño de sus correrías por las praderas y las arboledas, siéntase en el suelo y vuelve á sus muñecos y trompos, pero sin poder olvidar las dulces horas pasadas en compañía de las mariposas y las flores.

Anochece, y en breve una oscura sombra va á cubrir con su manto de tinieblas la campiña. El niño, como poseído de la nostalgia de la naturaleza, asómase á la ventana y mira una vez más los árboles y las plantas, fantásticamente iluminados por los últimos arboles del ocaso.



## LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

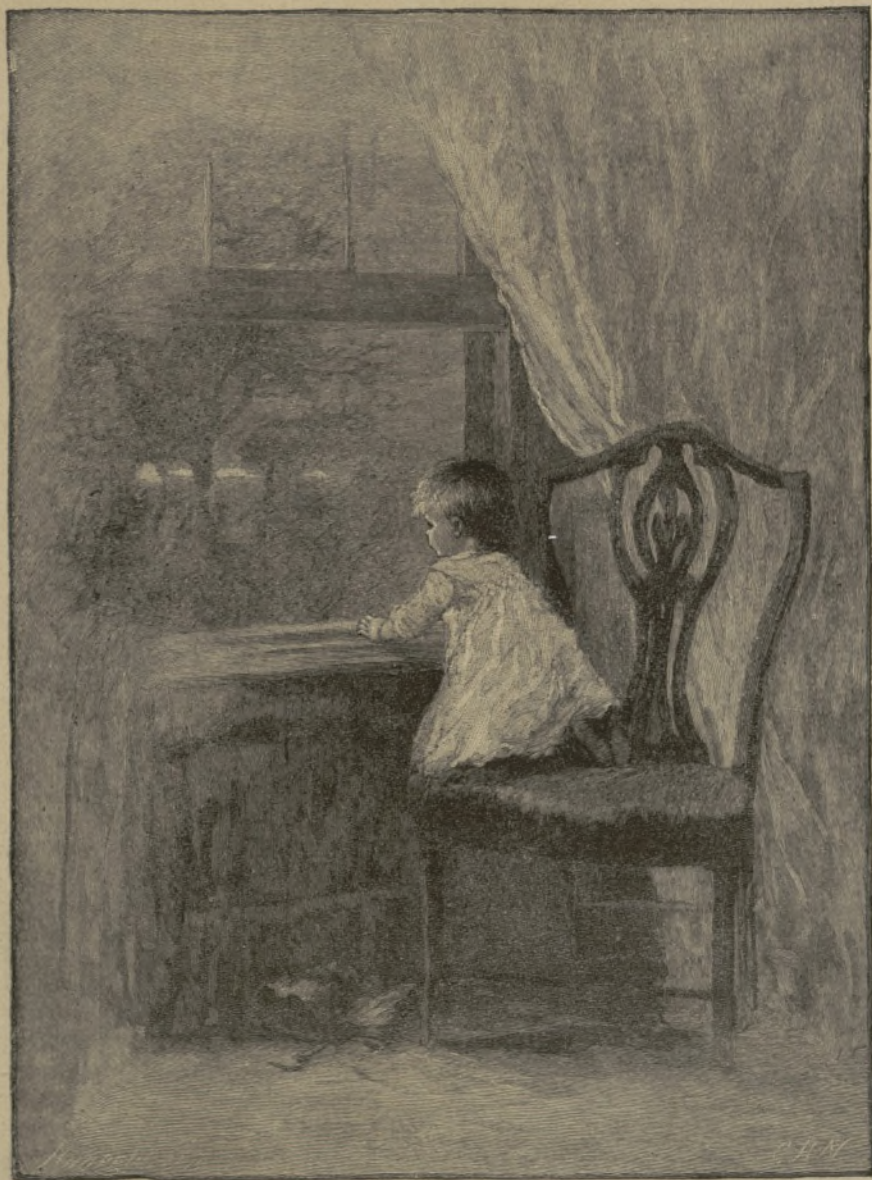
Almorzó, pues, algo asustado de las sacudidas y de la batahola, porque era la primera vez que viajaba en ferrocarril. Cuando hubo comido bien frugalmente, en atención á que debía economizar sus provisiones, púsose como un ratoncillo á practicar una abertura á través del heno y la paja con que estaba empaquetada la estufa, hasta que á fuerza de trabajo acabó por concluir un agujero, precisamente delante de la puerta de la estufa. Entonces se introdujo en el interior de Hirschvögel, como tantas veces hiciera jugando en su casa, y, una vez dentro, acurrucóse allí, acabando por reconocer que, si la situación no era muy cómoda, era cuando menos tolerable, entrándole el aire por el enrejado de cobre de la estufa. Con una prudencia superior á su edad, volvió Augusto á colocar en su puesto las cuerdas, el heno y la paja, por manera que nadie hubiera podido figurarse que había allí, dentro de aquella estufa, un ser viviente. Una vez hubo tomado todas esas precauciones, se durmió. El tren continuaba su camino, como á regañadientes, deteniéndose á menudo y por largo tiempo, según es uso y costumbre en los trenes de mercancías.

### II

Cuando Augusto se despertó era ya de noche. Entonces tuvo miedo, púsose á temblar como un azogado, y comenzó á sollozar por lo bajo al recordar de los que había dejado en pos de sí. ¡Pobre Dorotea! ¡Qué inquietud mortal debía experimentar! Habría corrido toda la villa; habría ido á casa del abuelo en Dorp Ampas; quizás habría enviado á un propio á Jenbach para saber si el fugitivo no habría acaso buscado asilo en casa del tío Joaquín. La conciencia le acusaba por la pesadumbre que ocasionaba á su hermana mayor, á una hermana tan buena. Pero ni una sola vez le vino á las mientes volver atrás. Si por un instante tan sólo perdía de vista Hirschvögel, ¿cómo volver á encontrarlo jamás? Muchos niños se habrían muerto de miedo en su lugar, pero Augusto era valeroso y creía firmemente que Dios é Hirschvögel le preservarían de todo mal.

Cesó de tener miedo y de sollozar, y como tenía hambre llevóse á la boca el pan y el salchichón que había guardado. Cada vez que el tren se detenía latía el corazón de Augusto hasta romperse. ¿Irían á descubrirle en su escondrijo? Y suponiendo que fuese descubierto, ¿le matarían? Hé ahí los pensamientos que ocupaban su espíritu durante las largas, larguísimas horas del trayecto. Los trenes de mercancías, por regla general, tardan muchos días en recorrer la distancia que los trenes rápidos ganan en algunas horas.

(Se continuará)



EL NIÑO EN EL CAMPO.—VI. El último vistazo

ADMINISTRACION: Manuel Pía y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinaz: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.